

EDUCATION, CULTURE, PROGRESS: A PROSPECTIVE LOOK.

EDUCACION, CULTURA, PROGRESO: UNA MIRADA PROSPECTIVA.

Roberto Páez

carlorobert2003@hotmail.com

Universidad Central del Ecuador

RESUMEN

La educación es un sistema de adaptación y construcción de sentido vital de los miembros de una sociedad, que responde a patrones ideológicos definidos por el proyecto que dicha sociedad impone a sus integrantes. Está anclada a la idea de Progreso que constituye el sustrato mítico de los propósitos que pretende lograr. Sin embargo, se ha demostrado ineficaz para garantizar que los valores humanistas de tolerancia, respeto por la vida y racionalidad sean respetados dentro de las avanzadas sociedades que los han proclamado fundamentos de la civilización. El desarrollo económico industrial capitalista que se ha vuelto hegemónico a nivel global, ha desencadenado un proceso de mercantilización de todos los bienes físicos y espirituales generados en la comunidad y la educación no se ha librado de ese proceso. El enorme desarrollo del conocimiento científico ha propiciado un desborde de la tecnología, que va ocupando todos los espacios externos e internos de los individuos, aislándolos y condenándolos a existir dentro de parcelas del conocimiento cada vez más reducidas y ultraespecializadas. Gracias al desarrollo científico, poco a poco, se ha construido una suerte de poder vigilante y controlador que prefigura un inédito tipo de totalitarismo tecnológico que podría cancelar por mucho tiempo las alternativas políticas y la creación de otros órdenes sociales. El futuro de la humanidad es sombrío.

ABSTRAC

Education is a system of adaptation and construction of vital sense of the members of a society, which responds to ideological patterns defined by the project that society imposes on its members. It is anchored to the idea of Progress that constitutes the mythical substrate of the purposes it intends to achieve. However, it has proved ineffective in ensuring that humanistic values of tolerance, respect for life and rationality are respected within the advanced societies that have proclaimed them the foundations of civilization. The capitalist industrial economic development that has become global hegemonic has triggered a process of commodification of all physical and spiritual assets generated in the community and education has not been spared from that process. The enormous development of scientific knowledge has led to an overflow of technology, which occupies all the external and internal spaces of individuals, isolating them and condemning them to exist within increasingly smaller and ultra-specialized plots of knowledge. Thanks to scientific development, little by little, a sort of vigilant and controlling power has been built that prefigures an unprecedented type of technological totalitarianism that could long cancel political alternatives and the creation of other social orders. The future of humanity is bleak.

PALABRAS CLAVE:

Patrones ideológicos, progreso, valores humanísticos, fundamentos de la civilización, desarrollo económico, mercantilización, conocimiento científico, tecnología, ultraespecializado, totalitarismo.

KEYWORDS:

Ideological patterns, progress, humanistic values, foundations of civilization, economic development, commodification, scientific knowledge, technology, ultra-specialization, totalitarianism.

Hay cuatro obstáculos para alcanzar la verdad que asechan a todos los hombres pese a su erudición y que raramente permiten a nadie acceder con títulos claros al conocimiento: la sumisión a una autoridad indigna y culpable, la influencia de la costumbre, el prejuicio popular y el ocultamiento de nuestra propia ignorancia acompañado por el despliegue ostentoso de nuestro conocimiento.

Roger Bacon

Queremos las estructuras al servicio del hombre, no el hombre al servicio de las estructuras.

Inscripción en un muro de la Sorbona, mayo de 1968.

Desde la época clásica de la civilización occidental, en la antigüedad greco latina, el propósito de educar al ser humano, al ciudadano de la polis, al súbdito del reino, al ciudadano del Estado, ha desempeñado un papel central en la experiencia organizativa de todas las sociedades humanas. Entre griegos y romanos, la reflexión sobre el papel de esa labor alcanzo altas cotas de creatividad filosófica, dada la tendencia inscrita en la base misma de una racionalidad donde la acumulación de datos tomados directamente de la experiencia, preservados a través de un sistema de escritura alfabética extremadamente adaptable y sencillo de aprender, potenció la posibilidad de transmisión de hechos, ideas y reflexiones hasta límites desconocidos en aquella época. Observaciones sutilmente ordenadas sobre hechos empíricos, investigaciones curiosas de multitud de observadores apasionados de la naturaleza y sus fenómenos, empleo de reglas y perspectivas coincidentes donde los datos experimentales se agrupaban alrededor de un armazón común de interpretaciones compartidas por múltiples observadores, formarían con el devenir de los siglos, la base de un método que, con el tiempo, se llamara científico, que acabaría imponiéndose porque confería a quienes lo practicaban un poder visible sobre las cosas. Aristóteles, en su Política, hace hincapié en que las ciudades deben administrar la educación de los jóvenes pues son miembros de tal naturaleza

que se pertenecen a ellas y no a sí mismos, eliminando de un plumazo cualquier resonancia a autonomía o libertad del individuo que tan caras nos son ahora. En el transcurso de la edad media alta y baja, las pedagogías se multiplican como los bíblicos panes. San Agustín la ensaya con su acostumbrada erudición dispersándola en sus obras. Marsilio Ficino, Maquiavelo, Erasmo de Rotterdam ... la lista es abultada pero no es mi propósito desenmarañar las abundantes interpretaciones ni recetarios educatrices, porque cada uno merecería tratamiento especial que no cabe en este breve ensayo. Es durante la Revolución Francesa cuando bajo la consigna de igualdad, fraternidad y libertad, el concepto mismo de lo que es ser humano sufre un drástico desplazamiento e inevitablemente, también el de su educación. Las jerarquías sociales se han reconfigurado y la nueva ideología se resume en el folleto de Sieyes, El Tercer Estado. Un género de heroicidad contemporáneo irrumpe en la literatura con fuerza admirable. De la pluma de Frederick Schiller brota una poderosa pieza de teatro, Los Bandidos, y de su rival entre los poetas alemanes románticos alemanes, sin entrar en la disputa literaria de si Schiller es un poeta clásico o romántico, Heinrich Von Kleist, el Michael Kohlaas, héroe de la nueva clase que lucha vanamente contra la brutal injusticia del antiguo régimen político, verdadero manual de pedagogía revolucionaria de intenso realismo por el carácter valeroso del protagonista que es incapaz de librarse de un hado trágico. No hace falta recordar que los impulsos renovadores que alcanzan su madurez política durante la Revolución en Francia, tiempo a que revolotean por los dominios de las artes y allí alcanzan cabida y respetabilidad. Otro de los grandes educadores de esa época, Juan Jacobo Russeau no cree que el pecado original ha disminuido la condición del ser humano y que de existir alguna manera de romper sus ataduras, de regresar a su prístina condición de bondad originaria, esta tiene que ser la educación. Pronto aparecerá en el horizonte la figura de Enrique Pestalozzi, desbordando piedad por la educación de los niños pobres y su dedicación a resaltar las facultades pedagógicas de la familia patriarcal, eterna y amorosa, dentro de la cual el ser humano recupera sus virtudes más hondas, y se cura de todas las miserias. Federico Frobel, contemporáneo de los grandes filósofos alemanes con cuyas enseñanzas organiza su propia visión del mundo, introduce por primera vez la psicología en el estudio de un ser concreto, el niño, al que considera el fundamento de la sociedad y lo que se haga con su educación fijara las pautas del futuro. Siguiendo el imperativo kantiano y

hegeliano, el sistema pedagógico ha de estar íntimamente sujeto a los intereses del Estado, tiene que ser el brazo oculto de su perfeccionamiento. De esta manera el positivismo, para el que sale sobrando toda reflexión sobre ser y conciencia, asume el papel de supremo guía del moderno pedagogo. Más tarde Comte y especialmente Spencer, sostendrán que el hombre autentico, real, ha de forjarse necesariamente dentro del horno de las ciencias. Educar es preparar para una vida completa. Para tener éxito, decía Spencer, hay que ser un robusto animal, y una nación de animales robustos es la primera condición para el triunfo nacional. He aquí que los hombres pasan a ocupar el papel de servomecanismos de la maquinaria social.

Aquí parece perfectamente articulada y precisa la concepción burguesa de lo que debe ser el hombre con respecto a la sociedad, bajo una especie de individualismo pedagógico, que en la visión del liberalismo es el principio generador de la sociedad libre. El ser humano es libre gestor de sus decisiones y gracias a ello capaz de expandir su poder sobre naturaleza y sociedad. A ese individualismo se le opondrá la concepción socialista, que percibe la educación como un asunto social. Sin embargo no hay que ser especialmente inquisitivo. ni poseer un exquisito olfato para advertir que unos y otros, reaccionarios y revolucionarios, socialistas utópicos y científicos, desdeñan la individualidad y le sobreponen el conjunto, la sumatoria de seres humanos, la sociedad, el todo, comparando al único y singular, al ser monódico y auténticamente existente, con la casi nada, numero apenas estadístico, átomo fundamental pero insignificante.

Ciertamente, tras todo proyecto educativo se agazapa un ideal de vida, una opción de existencia, un mensaje social claramente advertido y diríase codificado en cada enseñanza o proyecto. Pero, acaso no se trata también de formar seres individuales, sujetos autónomos y libres cuya existencia singular enriquezca el conglomerado humano del que han emergido ... Concebir un proyecto educativo como mecanismo para generar partes anónimas e intercambiables de una gigantesca maquinaria es prorrogar en el tiempo la completa sujeción del individuo a la misión encomendada por su tribu, nación, Estado, régimen político o circunstancia histórica y en la práctica, conducir a la aniquilación del yo, único e irreductible a fórmulas político religiosas, en una especie de conformismo cerrado y univoco con el entorno, campo abonado para tiranías políticas, simplemente ideológicas o ese totalitarismo científico tecnológico previsto por George

Orwell y otros visionarios del siglo pasado, esta última, a mi parecer, la más peligrosa y objetiva versión de tiranía posmoderna, proveniente de los peores escenarios distócicos imaginables, por la enormidad del poder y fuerza que puede convocar y que ha mostrado ya poseer en los hechos reales.

Asumamos de principio, que toda educación, en cierto sentido, es conservadora, pues pretende mantener vivo un ideal, una opción, una manera de ver el mundo y, por tanto, construir una proyección hacia el incierto futuro para dotar de sentido la actividad del presente. Sin esa especie de impulso trascendente, sea cual fuera, resultaría tremendamente complejo influir en la asunción del propio yo y de la misión que se pretende asumir dentro de cierto orden que pretende espantar el fantasma de la precariedad fundamental del mundo y la historia y abroquelar al individuo con una gruesa capa de saberes positivos y mitologías que le provean de consoladoras ilusiones para, disciplinado y candorosamente seguro, mantenerse en la brega. Fue Durkheim quien apuntó que la educación no busca plasmar dentro del hombre aquello que la naturaleza ha creado, sino lo que la sociedad quiere que sea. Hay, entonces, un sentido fundamentalmente conservador en el proceso educativo y eso vale tanto para la educación que pretende inspirar respeto y acatamiento para las estructuras de poder dominante como para como la privada y marginal del revolucionario que la cuestiona, pues ambas procuran transmitir un ideal, como dice con su habitual agudeza Hannah Arendt.

Pero si ese destino quedara fijado para siempre en la práctica, si fuese el único posible itinerario del viaje hacia el conocimiento, iría a parar en un peligroso quietismo, en la fósilización de procesos y contenidos de la cultura que desembocarían en una especie de anomia que despojaría de toda vitalidad al conjunto societario. Empero, esta nunca es un todo fijo, acabado, siempre incluye tendencias diversas, un variopinto sistema de culturas en conflicto que también forman parte de la tradición. Hay estereotipos, de hecho; empero se crea insatisfacción que nunca puede ser aplacada. La educación debería fomentar una especie de universalización democrática, lo que implica poner el hecho humano por encima de todas sus variaciones históricas y culturales. El esfuerzo educativo siempre será rebelión contra el destino, anti fatalidad. Nuestra humanidad común es necesaria para caracterizar lo verdaderamente único e irrepetible de nuestra condición,

mientras que nuestra diversidad cultural es accidental, señala Fernando Savater.

Pero estas justas reflexiones y ese reino de universalidad humanista que con su acostumbrada ironía, no exenta de cierto optimismo cuasi romántico, describe el filósofo español, se enfrenta a la siniestra perspectiva de un mundo en el que la irrupción de la alta tecnología ha dotado a los poderes gobernantes de sistemas de control, manipulación y sometimiento de la conciencia individual y social a insólitas y novísimas capacidades dominadoras.

Examinemos un poco más de cerca la cuestión ineludible del papel formador que sobre la conciencia social e individual tiene la educación y el efecto que esa estructura general del conocimiento que se llama Cultura, ejerce sobre los procesos de asimilación individual y social de sus contenidos. Es una categoría vasta, abarcarde, difusa, que incluye la totalidad de las actividades humanas. Pero cultura no es solo la suma de todas o diversas actividades, sino *un estilo de vida*, según T.S.Eliot en su interesante ensayo *Notas hacia una definición de Cultura*; ergo conocimiento y cultura como suma de saberes no deben confundirse pues cultura, en un sentido restringido vendría a ser una orientación genérica, la dirección que otorga el espíritu a los conocimientos. Eliot sostiene que la cultura europea y toda la de Occidente, es incomprensible sin la determinante influencia del cristianismo, que la principal transmisora de cultura, después de la familia, ha sido la Iglesia, no las instituciones educadoras. Concibe el orbe del pensamiento como una vasta construcción del espíritu cristiano, extendido por todo el planeta. Años después, uno de los más grandes e influyentes filósofos europeos, sometería las ideas de Eliot a un poderoso escrutinio y criticaría su visión demasiado determinada por la religión. Empleando como idea rectora su concepto de pos cultura, George Steiner sostiene que dentro de los hechos culturales normalmente tenidos como positivos., también habrá que incluir ese impulso fácilmente perceptible para cualquiera que se haya tomado la molestia de examinar la historia, aun de manera escueta, hacia la destrucción y la barbarie que impregna subterráneamente los ideales humanistas e iluministas que fundamentan la consoladora idea de un progresivo despliegue de las potencialidades humanas hacia la apoteosis final, en un utópico reino terrenal de bienaventuranza. La sensación dejada por la historia que ha pasado es frustrante. La alienación del hombre está vinculada. Directamente con el desarrollo de la producción

industrial; la deshumanización comienza con la producción en serie de mercancías y poco a poco, va desarrollándose en el ámbito de las artes la nostalgia del desastre. Los ideales románticos, cruelmente constreñidos por la mísera realidad, se agigantan en los artistas y la obra de arte se convierte en proeza. Emma Bovary encarna las frustradas energías de sueños y deseos, Bouvard y Pecuchet, un lamento de náusea por los valores de la clase media. Gustave, Flaubert, asevera haber estado invadido desde la adolescencia por insaciabiles deseos y un tedio atroz.

Se pregunta Steiner si es razonable suponer que toda civilización elevada desarrolla acentos implosivos e impulsos que llevan a la autodestrucción y la compara con una estrella que tras alcanzar una masa crítica de intercambios energéticos sufre un colapso interior y arde, destruyéndose, con un brillo cegador, lo que puede asociarse con las grandes culturas en su fase final. Rememora la explosión de barbarie del siglo XX, el siglo de las luces por excelencia, precisamente cuando la idea del progreso ético y moral, considerado inevitable consecuencia del proceso ascendente de lo humano, gracias a las enormes conquistas científicas que preludiaron la creación de ingentes recursos económicos, parecía anunciar el fin de la violencia, la miseria, la expoliación, la injusticia. Escandalosa la incongruencia palmaria entre progreso tecnológico y regreso de la barbarie que se presumía sepultada, racionalmente aniquilada por la educación de largos siglos civilizados, por el paciente ejercicio de la razón y la ciencia empeñada en elevar la vida humana.

¿Por qué las tradiciones humanistas y los modelos de conducta resultaron una barrera tan frágil contra la bestialidad política. ... En realidad, eran una barrera? ¿O es más realista percibir en la cultura humanista expresas solicitaciones de gobiernos autoritarios y crueldad? No veo como un argumento sobre la definición de cultura, sobre la validez del concepto de valores morales, puede evitan esas preguntas. Me parece irresponsable toda teoría de la cultura, todo análisis de nuestras actuales circunstancias que no tenga como eje los modos de terror que acarrearón la muerte por obra de la guerra, el hambre y las matanzas deliberadas de setenta millones de hombres

**muertos en Europa y Rusia entre el comienzo
de la Primera guerra mundial y la Segunda.**

Hablar de cultura necesariamente retrotrae a educación, a formación escolar, colegial, universitaria. Progreso y educación se han convertido en categorías inseparables. Referirse a la segunda sin remontarse a la primera, en los tiempos que decurren, no tiene sentido. Se educa para *progresar*, se *progres*a educándose. Incluso la supuesta necesidad histórica, a la que Popper llamo *historicismo*, es consecuencia de la idea del progreso.

¿Qué se oculta bajo la espesa capa conceptual de idealismo y razón, ciencia y tecnología que la educación clásica humanista, en sus múltiples niveles, pretende haber inculcado en el corazón mismo de hombres y mujeres, que sea causa del fracaso de su propósito reformador, vistos los horrendos hechos acontecidos en el pasado y este siglo y todos los que les precedieron en el vasto espacio temporal que ocupa la historia de la humanidad?. ¿En qué oscuras profundidades de la mente se mantienen intactas estructuras arcanas donde la agresión maligna, la barbarie absoluta, sobreviven inmunes al cultivo de la razón, prestas a tomar el control de las criaturas humanas en cualquier instante, disolviendo en un santiamén las barreras éticas erigidas por la educación y el cultivo de la ciencia?

El análisis marxista clásico propondrá que eso acontece por causa de contradicciones sociales irresueltas en los estados burgueses, aplicando el dogma ineludible de la lucha de clases, pero es un análisis incapaz de conciliar la existencia de un estado supuestamente socialista que ha suprimido completamente la lucha de clases, como el que se levantó en la antigua Unión Soviética, con la salvaje represión interna que causo decenas de millones de muertos durante los setenta años de crímenes y purgas que jalonaron su existencia.

Como asevera Hannah Arendt en su estudio sobre la Violencia, nadie consagrado a pensar sobre la historia y la política puede permanecer ignorante ante el enorme papel que la violencia ha desempeñado siempre en los asuntos humanos y a primera vista resulta más que sorprendente que la violencia haya sido singularizada tan escasas veces para su especial consideración. El fracaso de los medios de convencimiento y adoctrinamiento que ejerce la sociedad a través de la educación para soslayar ese temible fatum, evidencia que algo anda mal en el universo de representaciones simbólicas transmitidas por la educación. Tal vez, solo tal vez, exista

un oscuro deseo de muerte, un originario deseo por Thanatos operando en el interior del ser individual y en el inconsciente colectivo - de existir este , precio impuesto por las inhibiciones que la civilización impone a los instintos humanos, como Sigmund Freud propone en El malestar en la Cultura.

Voltaire estableció que "el poder consiste en hacer que otros hagan lo que yo decida". La sociedad, a través de los funcionarios respectivos y el aparato burocrático administrador de educación, procura imponer sus concepciones sobre el propósito de la actividad humana y las finalidades deseables a cada uno de los miembros de la comunidad que la integra. Educar tiene un propósito pragmático y a la vez integrador de la comunidad con la visión abstracta impuesta por un orden ideológico sostenido con firmeza. Los seres humanos individuales deberán sujetarse al proyecto general con la menor resistencia posible, para lo cual han de asumir una serie de hábitos e interiorizar una disciplina que favorezca la efectiva realización del propósito social. Esto es válido para cualquier sistema social, desde el capitalismo clásico, neoliberal hasta el llamado "socialismo real", donde la productividad y el trabajo alcanzan alto grado de idealización y se convierten en meta de la existencia humana, propósito de carácter moral elevado, como analiza a profundidad Max Weber al referirse al papel de la ética protestante del trabajo y su papel determinante en la formación del capitalismo. El proceso implicaba "educar a la humanidad" bajo la advocación de la idea del Progreso, de que es nuestra misión "marchar hacia el futuro" , generar la máxima cantidad de riqueza empleando el máximo esfuerzo posible para lograr, junto a la satisfacción personal por el deber cumplido, la construcción de un paraíso de abundancia sobre la tierra. Se reproducen con ropaje tecnológico las escatologías medievales y el antiguo pensamiento sobre la continuidad y acumulación del conocimiento como fuentes del progreso permanece vivo, tal como fuera considerado por San Agustín, Otto de Freising, Anselmo de Haverberg; la antigua promesa de Joachim de Fiore, de que "el cielo vendrá a la tierra" se ha revalidado.

Para que el sistema educativo mantenga su unidad e influencia, ha de construir una mitología propia, aunque todas sus partes fundamentales provengan de viejos y reiterados discursos de milenaria ascendencia y teleologías visionarias muy influyentes en épocas anteriores, cuya esencia permanece solapada dentro de la modernidad científica pero con originalidad didáctica. A la mitología

tradicional que para explicarse el mundo evoca la actividad de potencias inefables, exteriores al mundo material, accesibles solo a través de experiencias místicas, que permanentemente supervigilan y dirigen las actividades de la humanidad, se sobrepone un nuevo daimon, una entelequia sancionada por el conocimiento racional, todopoderosa en potencia: la Tecnología, apadrinada por una divinidad inaccesible para quien no forme parte del sacerdocio científico: La Ciencia. En ella se reproducen las condiciones míticas del absoluto neoplatónico: omnipresencia, omnicomprensión, omnipotencia. El cumplimiento de sus augustos mandatos asegurara a la humanidad el acceso al Paraíso de la Tecnología, donde todas las preguntas serán contestadas, todas las necesidades satisfechas, todas las contradicciones sociales e interhumanas solucionadas. Los *gadgets* que inundan el mercado son pasaportes hacia la felicidad, la empatía con las maquinas muestra de sabiduría, Internet la Conciencia de la Humanidad, cuya vastedad sublime se parece tanto a una biblioteca borgiana.

Sociedad de la información, sociedad del conocimiento. Designaciones reduccionistas de categorías fetiches, tropos simplificadores, sustituyen con su nominalismo teocéntrico, a los auténticos actores de los procesos cognitivos. Las confusiones terminológicas ayudan a oscurecer el verdadero significado de lo que está sucediendo con la educación en estos tiempos posmodernos. Según Weber, distingue a la modernidad lo que él llama diferenciación estructural: hechos y valores que antes estaban mezclados con la practica social se autonomizan y separan. La educación también se va segmentando en provincias de saber, en feudos de conocimiento, de acuerdo a los intereses superiores del mercado. No voy a pontificar sobre la malevolencia implícita en el hecho de que cada vez más el individuo se va fragmentando, no solo profesionalmente sino que su propia asunción de la realidad en que existe, donde vive, labora y muere, le lleva a niveles de mutilación psíquica y cultural destructivos. ¿Cómo simular la completud del espíritu roto, de que manera crear la ilusión de que el individuo sigue empoderado de si mismo y autodefiniéndose?. En el mercado de objetos esta la respuesta. Quien consume existe. Quien más consume, más existe.

El célebre economista Shumpeter sostenía que el capitalismo, sistema amoral por excelencia, disuelve todas

las barreras que se oponen al mercado y solo le mueve la búsqueda del beneficio. Esto es aplicable a todos los sistemas económicos que han tenido alguna influencia en la práctica social. En mi modestísimo entender, el “socialismo real”, el gran orden comunista del reino de los soviets, las pseudo “democracias” socialistas, las dictaduras “proletarias”, cuando se trataba de generar bienes para el mercado, de producir para sustentar la economía interna y competir en el mercado internacional, a pesar de sus proclamas de haber conseguido la distribución justa del producto social, auto celebrándose laudatoriamente como la única opción prescrita por el demiurgo de la Historia; se comportó, con escrupulosidad burocrática, como un sistema tan explotador, inmoral e injusto como el peor de los capitalismo, un capitalismo de Estado cruel y embrutecedor, porque suprimida toda democracia interna dentro de la organización social, la casta de burócratas del partido gobernante no rendía cuentas a nadie y se comportaba como una dictadura absolutista con rasgos de dominación totalitaria y criminal. Un fiasco de cuyo sambenito no se librara jamás el programa “socialista científico” de reforma social ofrecido a los consumidores de pseudociencia por los profetas del retorno al paraíso.

Reitero, para evitar confusiones, que no existe educación neutral y desinteresada, que ella impone siempre un programa de reclutamiento y adaptación a necesidades, visiones y sistemas ideológicos, en el sentido de pragmática y escatología. Sin embargo, no considero que esta constatación implique avasallamiento incondicional, genuflexión respetuosa ante la inefable deidad de la historia. Toda continuidad histórica interseca, como regla general, la aparición de lo inaudito, de lo inesperado e incalculable, lo que da al traste con legalidades y dogmatizaciones teóricas tan requeridas por los buscadores de orden y fijeza tranquilizadoras. Los accidentes en la historia acontecen y suelen echar a perder, con grosería de convidados de piedra, los melifluos cálculos de historiadores profesionales o aficionados a las profecías, algo que disgustaba profundamente al ínclito maestro E. H. Carr, que por echar a perder sus trabajosas calculaciones los detestaba. Pueden darse muchas sorpresas aun.

La posibilidad de que la dominación de lo tecnológico acreciente la destrucción de los nexos psíquicos que sostienen la independencia de la subjetividad de los individuos y les permiten ejercer cierta libertad de criterio, a pesar del alud de información que sepulta el

verdadero conocimiento bajo inmensa cantidad de naderías en la era del Internet, es un peligro nada desdeñable. “Las nuevas técnicas invocan la posibilidad de un universo de la simulación cerrado en sí mismo, capaz de encubrir y, por ende, aislar el orden del capital de manera más completa que nunca”, sostiene Perry Anderson, analizando los efectos de la posmodernidad. El orden global que va imponiendo su lógica subrepticamente, esconde su verdadera faz, se mimetiza tras el aparataje tecnológico, la vigilancia se ahonda y naturaliza en la sociedad del miedo que progresiva e invasora, va tomando posiciones inexpugnables. Para viabilizarla, el miedo se convierte en educación, en pedagogía. Miedo al terrorismo, miedo a las drogas, miedo al desastre, a los ciclos económicos y las burbujas del mercado, a la contaminación y el cambio climático, a la migración y las ortodoxias religiosas; miedo al miedo mismo, el terror va imponiéndose silenciosamente, y en nombre de la seguridad los individuos van cediendo espacios de libertad hasta el momento en que descubran que los han perdido todos. Lo imaginado en *Brave New World* de Aldous Huxley, donde hasta los impulsos íntimos son estandarizados y controlados, ha cobrado vida y está edificando una cárcel. Para Max Weber, el futuro tiene la forma de una jaula de hierro. “No nos aguarda el florecimiento del verano, sino la helada oscuridad de una noche polar erizada de dificultades”.

La sombra del presente se proyecta en el futuro. Puede esperarse un aumento de la mercantilización de todos los bienes sociales, y sin duda, la educación será afectada. Se difuminara su calidad de derecho y tomara la de cualquier servicio. Las universidades adquirirán cada vez más el aspecto y función de empresas comerciales, y lucharán por escalar posiciones en el mercado de bienes de consumo. Pronto se cotizarán por acciones en las bolsas de valores. Desconozco si eso

CONCLUSIONES.

La educación no es un medio neutral y desinteresado de potenciar el desarrollo intelectual de los miembros de la sociedad. Responde a una estructura ideológica que busca la

adaptación incondicional de los individuos a los proyectos del sistema social que la administra.

La especialización laboral que se va ahondando a medida que el mercado se define cada vez más por el contenido del conocimiento científico disponible en los procesos productivos, fragmenta al individuo y reduce su capacidad de comprender el mundo y la realidad en que vive. Sabe cada vez más sobre cada vez menos. La mercantilización de los procesos educativos rebaja sensiblemente el nivel cualitativo del saber, porque lo homogeniza para hacerlo atractivo al consumidor y una inédita variedad de ignorancia ilustrada comienza a invadir la cultura.

La penetración de la tecnología en todas las actividades humanas, si bien facilita y libera al hombre de muchas actividades o labores aburridas y peligrosas, va limitando imperceptiblemente su campo de libertad. La posesión y manejo continuo de artefactos cada vez más "inteligentes" lo vuelve manipulable y localizable por el poder estatal bajo el que viva. La disidencia en asuntos políticos o económicos, vital para mantener la existencia misma de la democracia y el Estado de Derecho, podría ser fácilmente aniquilada cuando no conviniese al gobierno.

BIBLIOGRAFIA.

ANDERSON, Perry, *Los orígenes de la Postmodernidad*, Anagrama, Barcelona, 2000

ARENDT, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza Editorial S.A., Madrid, 1981

ARENDT, Hannah, *Sobre la violencia*, Alianza Editorial, Madrid, 2006

CARR, Edward H., *Que es la Historia*, Ariel, Barcelona, 1983.

ELIOT, Thomas Sterns, *Notes Towards the definition of Culture*, 1947

GADDIS, John Lewis, *El Paisaje de la Historia*, Anagrama, Barcelona, 2004.

MERANI, Alberto, *Educación y relaciones de poder*, Grijalbo, México D.F., 1980,

MERANI, Alberto, *Psicología y Pedagogía*, Grijalbo, México D.F., 1977.

NISBET, Robert, *Historia de la idea de Progreso*, Gedisa, Barcelona, 1981.

PELAYO, García Manuel, *Mitos y símbolos políticos*, Taurus, Madrid, 1964.

SABATER, Fernando, *Diccionario Filosófico*, Planeta, Barcelona, 1995.

SABATER, Fernando, *Misterios Gozosos*, Espasa Calpe, Madrid, 1995.

STEINER, George, *En el castillo de Barba Azul*, Gedisa, Barcelona, 2013

RUSSELL, Bertrand, *Historia de la filosofía occidental*, Aguilar, Madrid, 1973.

WEBER, Max, *Anotaciones personales sobre múltiples obras*.